



Pensamiento y Cultura

ISSN: 0123-0999

pensamiento.cultura@unisabana.edu.co

Universidad de La Sabana

Colombia

Castro Quiroga, Luis Augusto

Presentación de la obra de Karol Wojtyla Mousiké y del estudio crítico y traducción de Bogdan
Piotrowski

Pensamiento y Cultura, vol. 11, núm. 1, julio, 2008, pp. 168-173

Universidad de La Sabana
Cundinamarca, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70111112>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Presentación de la obra de Karol Wojtyla *Mousiké* y del estudio crítico y traducción de Bogdan Piotrowski*

El Doctor Bogdan Piotrowski nos ha deleitado con una nueva obra sobre Juan Pablo II. Se trata de un estudio crítico de la poética juvenil de Karol Wojtyla. Es una ayuda que nos permite apreciar mejor la traducción y valoración de los dos poemas llamados *Mousiké*. Felicitamos a la Universidad de La Sabana por esta iniciativa a través del Instituto de Humanidades. El Doctor Bogdan Piotrowski nos ofrece, como uno de los puntos centrales de la inspiración de estos poemas del futuro Papa, el sentido humanista, con varias características:

Primera, la continuidad entre la inspiración de estos poemas de los años juveniles y la posterior, manifestada en la acción y enseñanza del Papa Juan Pablo II. Segunda, la clara distinción entre un viejo humanismo –que no por viejo, sino por dañino, había que desecharse– y un nuevo humanismo que se va forjando con los años, pero cuyos gérmenes ya aparecen en las dos poesías anotadas. Tercera, el nuevo humanismo deja ver una dialéctica entre nacionalismo y pluriculturalismo, algo muy importante, como quiera que el nacionalismo debe ser abierto, no cerrado, pues las culturas crecen no tanto por intrafecundación cuanto por interfecundación, como la visión universal del cristianismo lo pone de manifiesto. Cuarta, el nuevo humanismo comprende una cultura que considera muy seriamente que el arte es inseparable de la fe. Los hombres nuevos tienen que ser hombres de Dios. La alusión a la fe se repite en las dos poesías. La poesía de Karol Wojtyla en la poesía de la fe. Todo arte es un acontecimiento del espíritu. Quinta, la relación entre la *musiché* y el humanismo es muy sentida. Del humanismo verdadero, abierto a la realidad de Dios y a la dignidad de cada ser humano, la *musiché* –que comprende no sólo música sino

poesía y danza– es un signo positivo, mientras que cuando, y donde, la humanidad está amenazada, la *musiché* puede callar, así que su ausencia puede anunciar una catástrofe:

Avanzan las huestes de Batu Kan
(nada de música, las teclas se mojan
en la lluvia)

El doctor Piotrowski nos hace notar que este Batu Kan evoca las trágicas conquistas de los mongoles, pero es una analogía de las posibles invasiones hitlerianas.

Todas las consideraciones anteriores podrían parecernos muy forzadas si se piensa que la poesía que consideramos es inspiración de un joven que apenas ha cumplido los 18 años. Sin embargo, de Karol Wojtyla se dice que fue un hombre que creció demasiado rápido:

Los eventos traumáticos que caracterizaron sus primeros años hubieran podido llevarlo a inferir que la existencia humana es irracional, aún más, absurda. Él llegó a una conclusión diferente. A partir de la adolescencia bajo la ocupación nazi, se convenció poco a poco de que la crisis del mundo moderno es sobre todo una crisis de ideas, una crisis de la idea misma de la persona humana. Y si la idea de persona humana que domina a una cultura está viciada, hay dos posibilidades: o esa cultura dará vida a aspiraciones destructivas o será incapaz de realizar las más ardientes esperanzas, aunque se expresen en los términos humanísticos más nobles¹.

Como anota el profesor Piotrowski, en la poesía juvenil de Lolek (así era llamado Karol) se puede notar el desafecto por una equivocada visión de la humanidad y se pueden apreciar los retoños de una nueva humanidad.

* Palabras pronunciadas por Mons. Luis Augusto Castro Quiroga durante la inauguración de la Cátedra Juan Pablo el Grande.

1 G. Weigel, *Testimone della Speranza*, Milano, Oscar Mondadori, 2005, p. 11.

¿Cuál es esa visión equivocada de humanidad que tal vez Lolek no podía aún definir filosóficamente a sus 18 años, pero sí expresar existencial y poéticamente, puesto que sentía sus efectos en lo más profundo del corazón y repudiaba, a su manera, con plena energía? El tema nos lleva primero a mirar desde dentro ese nazismo que en el año 38 se cernía como negro nubarrón sobre los cielos de Polonia, y segundo, a explicitar algo más cuanto el profesor Piotrowski nos dijo sobre la vida de Lolek en esos dos años 38 y 39, tan definitivos en la vida de este joven. Nos preguntamos: el nazismo, hijo degenerado y nefasto del idealismo, ¿qué tomó de su padre que le sirvió luego para hacer tanto daño? Tomó una idea y sólo una idea: la humanidad.

En esos años 30, cuántos elogios se hacían a la humanidad. Era una palabra que llenaba por completo la boca de muchos. El elogio a la humanidad estaba de moda. Pero cuidado, hay que notar que más allá de la palabra y de la idea de humanidad no había nada más. Faltaba la referencia al ser humano concreto, al individuo de carne y hueso, alma y espíritu, cédula y fotografía, con su dignidad humana merecedora de todo respeto y con su identidad particular.

La idea de humanidad, dentro de un marco totalitario construido por el idealismo mismo, sencillamente acaba con el individuo. "La lógica de la idea lima y pule las diferencias individuales consiguiendo así la uniformización de todos"². El individuo importa poco, lo importante es la humanidad. Y el individuo mismo que enfrenta la muerte debería entender que, a la hora de la muerte, se salva en el Todo. Algunas personas, en estas tres primeras décadas del novecientos, entendieron que esta filosofía de la idea de la humanidad lleva al desastre. Por eso a estas personas se las llama los avisadores del fuego.

Rosenzweig se rebela contra esa idea de la humanidad que anula al individuo, y afirma que para entender el valor absoluto de la vida hay que tomarse muy en serio la angustia individual ante la muerte. Además, no se puede aceptar

que el Estado declare una guerra y justifique y racionalice la muerte de los individuos como un sacrificio por esa idea superior llamada humanidad³. Una vez reducida la muerte individual a nada, el crimen, incluido el de las masas, será una nada, una nadería, si el Todo lo demanda.

Otro avisador del fuego, Walter Benjamín, centra su crítica en el desprecio del idealismo por el hombre concreto, como si el aprecio por las ideas abstractas supusiese el cerrar los ojos a la realidad completa reducida a insignificancia.

Benjamín sabe demasiado bien que las exclusiones metafísicas suelen tener traducciones físicas: exilios, exclusiones o persecuciones. La universalidad no puede ser a costa de la singularidad. Hay una violencia escondida en las figuras universalistas abstractas (llámense derechos humanos, humanidad o proletariado) que se manifiesta en el desprecio teórico del individuo, relegado al limbo de lo insignificante para la comprensión de la humanidad, y también en la presión política, si lo exige el Todo⁴.

Si los dos anteriores detectaban los peligros ayudados por un análisis político, el Papa Pío XI, no siempre bien interpretado, detectaba el mismo peligro desde una visión de fe. Al proclamar a Cristo Rey del Universo, con una finalidad y un contenido eminentemente espiritual, buscaban también denunciar los intentos de los regímenes totalitarios de las naciones que se consideraban propietarias absolutas de los individuos. Al insistir en el reinado de Cristo en los individuos, buscaba poner de manifiesto la dignidad de cada uno y su vocación definitiva de la santidad.

En efecto, las filosofías del momento no sólo enaltecían la idea de humanidad, sino también iban reduciendo a su mínima expresión la integridad del ser concreto. Su realidad de individuo se veía como un simple cuerpo, así que el alma se substituía por lo espiritual y lo espiritual se reducía a lo racional.

3 F. Rosenzweig desarrolla sus críticas en su obra *La estrella de la redención*, Salamanca, Sigüeme, 1997.

4 Mate, *Memoria de Auschwitz*, ob. cit., p. 143.

Omito otras figuras de estas tres primeras décadas, que como Kafka podían llamarse también avisadores del fuego. En general, los avisadores del fuego no fueron suficientemente escuchados. Como el payaso del circo, que ante un incendio de verdad gritó fuego y todos soltaron la carcajada, así estos avisadores no fueron tomados muy en serio y el fuego hizo desastres.

Una vez establecido el primado del concepto sobre lo singular, el imperio de la lógica de la idea, a la hora de construir la realidad, y el reduccionismo del ser humano concreto, no fue difícil que esta humanidad, toda ella idea, encontrase una compañera con quien hiciese unión y con quien, en definitiva, se identificase. Esta compañera, que se llamaría raza, ideológicamente se convertiría en racismo y le daría una justificación al proceder posterior criminal, masivo, frío, banal y, para sus autores, digno de encomio, cuando no simple cumplimiento del deber.

Hanna Arendt, en su análisis del totalitarismo, trata de ponerse en el lugar de los totalitaristas que con tanta frialdad asesinaron, y leyendo sus pensamientos, expresa que si la ideología decreta que hay "clases moribundas" o "razas impuras" y no extrajera la consecuencia de que, para salvar a la vida y mantener la pureza hay que matar, sería simplemente un estúpido o un cobarde⁵.

Sabemos de la sorpresa de Arendt ante personas que vivían una vida tranquila en su hogar, besaban a sus niños, tocaban el piano, escuchaban música, inclusive rezaban y luego mandaban a asesinar con la más absoluta frialdad. La banalidad del mal los había deformado y deshumanizado.

Hasta aquí las consideraciones de esta vieja humanidad convertida en idea, asociada a otro factor totalitario, el racismo, y que ese joven llamado Lolek o Karol rechazaba, no con

términos filosóficos sino muy existenciales, por medio del teatro, de la poesía, de sus opciones de vida y de la fe en Dios.

En esos años 38 y 39 se podían vislumbrar los primeros pasos de lo que se puede llamar el círculo de la muerte. Según éste, la persona se reduce a grupo así que pierde su individualidad. El grupo se declara peligroso para el resto de la humanidad. Luego el grupo se conecta con seres diabólicos y finalmente se declara que, por el bien de la humanidad toda, por su limpieza necesaria, ese grupo debe ser eliminado. El asesinato se convierte en un deber moral.

Ginka Beer, aspirante a actriz de Wadowice, expulsada de la facultad de medicina de Cracovia como consecuencia de una acción disciplinar antisemita, tuvo que salir del país rumbo a Palestina. Lolek y su amigo Jurek Kluger la acompañaron hasta la estación del tren. Ella llevó en el corazón las palabras de Lolek: "No todos los polacos son antisemitas. Yo no lo soy. Tú lo sabes".

En ese año 38, Jurek Kluger, compañero de Lolek, notó que su padre había añadido a su placa de oficio el nombre hebreo. Era un boicoteo económico. Aún más, era el siguiente paso del círculo de la muerte. Es mejor no acercarse a su puesto de trabajo, es peligroso para la salud. En los mismos colegios donde el nazismo imperaba se daban clases de biología donde se explicaba la peligrosidad de los judíos para la salud de los demás. Nada de raro que Lolek y Jurek hayan visto compañeros de curso que se escribían en los partidos políticos antisemitas. Pero también Lolek podía ver a su padre, el capitán, cuando, esperándolo a la salida del colegio, saludaba afectuosamente a Jurek y le decía: "¿Cómo está tu papá? Llévale mi saludo. Por favor, no lo olvides".

Volvamos al mundo académico de Lolek. En mayo de 1938 recibió su diploma de bachillerato. La escuela secundaria frequentada por Lolek ofrecía una excelente enseñanza clásica. El latín y el griego eran materias centrales y a

⁵ Ibídem, p. 68.

las mismas se añadían la lengua y literatura polacas, historia y matemáticas. Karol empezó el estudio del latín a los trece años, desarrollando por esa lengua una pasión que le durará toda la vida. El estudio del griego lo inició a los catorce años. El primer contacto de Karol con las obras románticas posiblemente tuvo lugar cuando su papá le leyó la famosa trilogía de Henryk Sienkiewicz en la que valientes jinetes galopan por la antigua confederación polaco-lituana luchando con vehemencia por la gloria y la defensa de la fe y de la patria.

Otros grandes poetas dramaturgos del movimiento romántico que llegaron a influir en Karol fueron Adam Mickoewicz, Juliusz Słowacki y Cyprian Kamil Norwid, especialmente este último, que esperaba ser, como Don Quijote, un caballero de la verdad. Quienes deseen más explicaciones sobre estos poetas y dramaturgos pueden dirigirse al Doctor Bogdam Piotrowski de la Universidad de La Sabana.

Pero el influjo mayor lo recibió Karol del profesor Kotlarczyk, quien enseñaba historia en Wadowice. El papá de este profesor era un fanático del teatro. Si en la noche le venía una idea dramatúrgica, despertaba a toda la familia para explicarla. El Doctor Piotrowski nos habla de la amistad y de la común actividad de Kotlarczyk y Karol. Desde 1936, Kotlarczyk tomó a Karol y a Halina Krolkiewicz bajo su tutela, para enseñarles el modo único de recitar una poesía y de ser actores de teatro. Fue con él que Karol creció mucho como actor y empezó a ver el teatro como lo opuesto a la antigua humanidad, porque el teatro develaba las más profundas dimensiones de la verdad de las cosas y, sobre todo, la estructura dramática de cada vida humana.

Durante el bachillerato, Karol obtuvo siempre notas excelentes, aunque sus actividades extraescolares se multiplicasen. El día de su grado hubo fiesta, aunque ensombrecida por el pensamiento de una tragedia. En el verano, Lolek cumplió con el servicio militar y en el otoño dejó Wadowice y se fue con su padre a Cracovia para estudiar en la Universidad Jagellona,

como nos lo narra el doctor Piotrowski, quien pasó por la misma universidad. El estudio era recargadísimo. Cursos de etimología, fonética del polaco, interpretación de textos literarios, estudio de obras poéticas, dramas y romances polacos medievales, modernos y contemporáneos, introducción a la lengua rusa y estudio del paleoslavo, base histórica de las lenguas eslavas modernas. Allí empezó a comprender –como lo diría más tarde– el valor de la palabra, que lo llevará a acercarse al misterio de la Palabra, con mayúscula, esa a que hace referencia el himno de ángelus: “la palabra se hizo carne” y que preparará su ánimo al estudio de la teología.

Durante ese primer año de universidad, Lolek se sumergió también en las actividades literarias, se unió a diversos grupos de estudiantes dedicados a la poesía y llegó a ser miembro del círculo de los cultores de los estudios polacos, como nos lo recuerda el profesor Piotrowski, una organización que amén de las actividades literarias se oponía a las restricciones puestas a los judíos en la Universidad Jagellona. A la par que escribía las poesías que estamos considerando, durante ese año tomó lecciones privadas de francés y trabajó de voluntario en la biblioteca. No es que Karol se la pasase estudiando. Conducía la vida normal de un joven con buenas amistades masculinas y femeninas. Amante del deporte, caminaba kilómetros buscando las mejores pistas para esquiar. Era un ágil mimo y las imitaciones que hacía de sus profesores eran de una comicidad irresistible. Karol se había adaptado muy bien al exigente contexto de esa universidad tan importante y de esa ciudad de gran autoridad cultural.

Sin embargo, llegó lo que se temía. Erguida sobre el Wawel, la colina más alta de la capital, se encuentra la catedral de Cracovia, donde se venera a la beata reina Eudvigis y donde se encuentran los restos de San Estanislao. Allí se dirigió Karol el primero de septiembre del 39 para participar en la misa del primer viernes del mes. Durante la misa se oyeron las sirenas de alarma y las primeras explosiones que indican el comienzo de la guerra contra Polonia, una guerra perdida dos veces. Terminada la

misa, con cierta velocidad, Karol corrió a donde su padre.

La guerra fue una prueba de fuego. Seis años de la más inaudita crueldad, rotos con actos del más inimaginable heroísmo. El 18% de los polacos, seis de los 35 millones, murieron en batalla o fueron asesinados. Además, en Polonia tuvieron lugar las mayores masacres del holocausto y, como si no fuera poco, al final cayó en manos de otra potencia totalitaria. Desde aquel septiembre de 1939 hasta enero de 1945, cuatro experiencias fueron decisivas para definir ese nuevo humanismo que aparecerá más tarde en el sacerdote, el cardenal y el Pontífice.

La primera experiencia fue la lucha por la supervivencia moral, que puso bajo los ojos de Karol modelos de vida sacerdotal vivida heroicamente. Sobresalían el franciscano Maximiliano Kolbe y Adam Stephan Sapieha, el arzobispo del cual nos ha hablado el doctor Piotrowski. Hay que anotar que 3646 sacerdotes polacos terminaron en los campos de concentración, de los cuales 2647 fueron asesinados. De ellos, 120 fueron sometidos a experimentos médicos criminales. Los primeros en ser asesinados fueron los sacerdotes con mayor autoridad e iluminación. Un sacerdote podía ser ajusticiado por haber osado hacer una procesión en torno a su iglesia. Las religiosas detenidas fueron 1117, de las cuales fueron asesinadas 238. Nadie se planteaba si estaría vivo el año siguiente, sino sencillamente si estaría aún vivo el día siguiente.

La segunda experiencia fue la amistad con Juan Tyranowski, un laico contemplativo que tomó clandestinamente las riendas de la pastoral, a raíz del ataque nazi al clero católico polaco. Este sastre y apóstol formó un grupo de jóvenes llamado el Rosario Viviente, que se preocupaba por cómo hacer de Polonia una sociedad cristiana después de la guerra. Este grupo llegaría a tener en Karol a uno de sus primeros conductores. Juan introdujo a Karol a la espiritualidad carmelitana y sobre todo al conocimiento del místico español San Juan de la Cruz. El sastre intuyó cuánto podía influir la poesía de San Juan de la Cruz en la vida de este otro poeta,

Karol Wojtyla. Fue ese también el comienzo de un deseo muy grande de Karol por aprender el español, algo que haría más tarde al profundizar académicamente en la espiritualidad del gran Doctor de la Iglesia.

La tercera experiencia fue la del trabajo manual que tuvo que buscar so pena de ser deportado. Fue aceptado en la industria química Solvay, donde estuvo cuatro años, durante los cuales trabajó primero en una cava de piedra en Zakrzowek, un pozo profundo varias decenas de metros, donde se extraía la cal necesaria para la producción de soda, y luego en otro laboratorio químico, menos duro. Los diálogos con los compañeros de trabajo fueron muy positivos para sensibilizarse socialmente.

La cuarta experiencia fue la del teatro en situación de clandestinidad. Él y sus compañeros de actividad literaria estaban decididos a no dejarse paralizar por el intento nazi de aplastar la cultura polaca. Fue un tiempo de intensa creación, especialmente con una inspiración muy bíblica. Así lo dan a entender los dramas titulados *David, Job, Jeremías*, en los que trataba el porqué del sufrimiento de Polonia.

Algunos han sugerido que, frente al horror de la ocupación nazi de Polonia, Karol se habría refugiado en el quietismo religioso. Era claro que, a la luz de los hechos, él debería tomar una decisión. Algunos jóvenes polacos escogieron la resistencia armada o el sabotaje clandestino. Karol optó por la resistencia a través de la cultura, apoyado en la fuerza de la palabra, con minúscula, y de la Palabra, con mayúscula.

Estas experiencias anotadas forjarán la mente y el corazón y confirmarán su compromiso con un nuevo humanismo, que florecerá en el ámbito universal cuando Karol, convertido en Juan Pablo II, empiece a darlo a conocer en varias etapas, de las que enuncio diez sobresalientes, para concluir:

- Primera: invoca el derecho a la libertad religiosa en el trigésimo aniversario de la

- Declaración Universal de los Derechos del Hombre (11 de diciembre de 1978).
- Segunda: insiste en el valor del hombre como camino de la Iglesia, en su encíclica *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979).
 - Tercera: enfatiza el valor de la justicia, pero no separada de la misericordia, en su encíclica *Dives in misericordia* (30 de noviembre de 1980).
 - Cuarta: envía un mensaje a los líderes de la Iglesia en Polonia apoyando las reivindicaciones obreras (20 de agosto de 1980).
 - Quinta: expone el valor del trabajo en su primera encíclica social *Laborem exercens* (14 de septiembre de 1981).
 - Sexta: denuncia, a través del mensaje anual de la paz, la falsa paz del totalitarismo (1 de enero de 1982).
 - Séptima: elabora la carta apostólica *Salvifici doloris* sobre el valor salvífico del dolor.
 - Octava: invita a los jefes religiosos de todo el mundo para orar por la paz, en Asís (27 de octubre de 1986).

- Novena: pone de manifiesto los nuevos intentos de deshumanización, en la *Sollicitudo rei sociales*, su segunda encíclica social (19 de febrero de 1988).
- Décima: en el aniversario de la *Rerum novarum* vuelve sobre la justicia social en el mundo, en su encíclica *Centessimus annus* (1 de mayo de 1991).

Concluyo manifestando mi admiración por el doctor Bogdan Piotrowski, quien fuera de presentarnos su traducción de las poesías *Mousiké* y de habernos introducido al estilo literario del joven Karol, supo también, de forma delicada y admirable, poner de manifiesto la inspiración religiosa y el hilo de la fe que corre en cada uno de los versos, como corre también intensa y cautivante en toda la historia de Juan Pablo II, el Magno. Estas palabras sean una provocación para degustar plenamente la lectura de la obra que nos ofrece el doctor Bogdan Piotrowski.

Mons. Luis Augusto Castro Quiroga
Arzobispo de Tunja

Dos puntos sobre el método del libro *Mousiké* de Karol Wojtyla*

Primer punto: la importancia de la introducción del profesor Bogdan Piotrowski a esta obra. En efecto, en esta introducción, el profesor sitúa la figura de Karol Wojtyla y sus poesías en un contexto histórico, social y familiar. A mi modo de ver, esto es fundamental, ya que para comprender la vida y obra de una persona, sólo es posible hacerlo bien dentro de un marco histórico, social, familiar y cultural. De esta manera también se llega a entender hasta qué punto la persona ha comprendido su tiempo. El juicio histórico más negativo que se pueda hacer sobre alguien es decir *que hizo mucho, pero no comprendió su tiempo*. Por tanto, es primordial

captar si la persona, en este caso concreto Karol Wojtyla, el Papa, comprendió su tiempo. Desde esta perspectiva se puede entonces determinar cuál es la contribución positiva que hizo a su comunidad y al mundo.

Segundo punto: se nota en esta obra poética, *Mousiké*, cómo el joven Karol Wojtyla participaba con toda su personalidad, con toda su inteligencia, con toda su voluntad y con toda su cultura en las situaciones de su tiempo: estaba dentro de ellas, totalmente inmerso; analizaba de manera perspicaz y sufría con el sufrimiento de su época.

Yo no conocí a Karol Wojtyla, sino hasta que llegó al Vaticano como Juan Pablo II, pero desde ese momento siempre lo vi rezar, y des-

* Síntesis de las palabras del S. E. Mons. Aldo Cavalli, Nuncio Apostólico en Colombia, pronunciadas durante el acto de apertura de la Cátedra Juan Pablo el Grande.